

DOCUMENTOS

El Psicoanálisis **El Comercio, 1 de enero de 1915, pp. 17-18**

El Psicoanálisis, nacido hace más de veinte años, de la observación de un vulgar caso de histerismo, y no teniendo en los albores de su existencia más dominio que el limitado á cierta rama de la medicina mental, es hoy un método de valor y aplicaciones universales: su extensión en la actualidad invade las esferas de todas las ciencias, y aún de la filosofía y el arte.

Para dar una idea de la producción bibliográfica de la escuela psicoanalítica diremos sólo que seis revistas dedicadas únicamente á sus publicaciones no bastan para monopolizarla, y apenas si hay algún periódico de psicología ó medicina cuyas columnas no hayan sido ocupadas alguna vez por trabajos de esta índole.

Pocas cuestiones, han suscitado más acaloradas polémicas en las academias científicas de Austria, Alemania y Suiza; los ecuanímenes tudescos, al discutir el psicoanálisis, han llegado a los extremos del escándalo; habiéndose visto el caso de ser tratado de loco el autor de esta magna concepción del mecanismo del alma; concepción que tiene panoramas estupendos, sublimes, frecuentemente matizados de extravagancia, de ilogismo y hasta de vulgaridad.

A pesar de lo sencillo del fundamento primordial de la doctrina, difícil tarea es sintetizar lo que se entiende hoy por psicoanálisis; pues sus aplicaciones, como ya lo hemos anotado, son infinitas; sin embargo, encararemos, aunque brevemente, sus diferentes cuestiones fundamentales, siguiendo la historia de su desarrollo.

Segismundo Freud —hoy Profesor de la Universidad de Viena— después de adquirir en Francia las fecundas enseñanzas de Charcot y Bernheim, dos lumbreras de la psiquiatría, comenzó, en compañía de J. Breuer, en 1893, sus investigaciones en el campo de la psiconeurosis. Constató entonces que el histerismo, es debido al dominio, en la actividad psíquica inconsciente, de ciertas tendencias afectivas que permanecen ocultas a la consciencia; estas reminiscencias, por su alto tono sentimental, son las que perturbarán el equilibrio mental del histérico, y la lucha, entre la conciencia, que actúa como censor, y los impulsos reprimidos en la subconsciencia —casi siempre desde la niñez— que tratan de compensarse, sería la causa eficiente de todos los síntomas observados en esta enfermedad. Tal explicación del mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos nació del tratamiento empleado por Breuer, denominado “catártico”, que consiste en dejar descargar por la palabra y la mímica el contenido mental del enfermo, provocando, de este modo, el pasaje á la conciencia de las remembranzas penosas, yacentes en lo más hondo de la subconsciencia, expulsando así su fuerte carga afectiva ó energía reactiva cuya represión es la causa del mal.

De aquí dedujo Freud que normalmente existe en la mente una censura (“Zensur”), algo así como un juez severo que decide cuáles de las representaciones nacidas en la corriente de la subconsciencia (la más amplia y rica de la vida psíquica) pueden traspasar el umbral de la consciencia; rechaza, así mismo, todo aquello que al intelectualizarse podría despertar el sentimiento de “desplacer”. Es

por eso que con frecuencia se olvida los nombres de personas por las que se siente aversión ó se pierden los objetos que por su deterioro se requiere remplazar por otros nuevos, que no despierten sentimientos desagradables, etc.

Sin embargo, la vida psíquica subconsciente manifiesta su actividad con frecuencia. Efectos de su exteriorización son los actos involuntarios, las distracciones, los lapsus, el olvido de las palabras de uso familiar, la pérdida de objetos, los equívocos, ciertos gestos y movimientos maquinales, y todo lo que Freud llama “Fehlleistungen” —que la ciencia oficial atribuye a la fatiga ó á desviaciones de la atención. El freudismo considera como fenómenos psíquicos que obedecen a un determinismo, teniendo su sentido propio y estando ligados por una tendencia sentimental. “Sirven a intenciones determinadas que, en razón de su situación psicológica del momento, no pueden manifestarse de otra manera” (S. Freud: “Das Interesse an der Psychoanalyse I Teil: Das Psychologische Int. “Scientia”, 1913). En efecto cuantas tendencias reprimidas, que deberían permanecer en secreto no se dan a conocer, cuando uno menos piensa por una palabra dicha involuntariamente, ó por una actitud descuidada.

Los ensueños son otra categoría de los fenómenos mentales de la misma índole; su incoherencia no es lo aparente: en ellos todas las imágenes tienen su valor representativo, más o menos disimulado, y su estructura global es siempre la realización disfrazada de deseos secretos reprimidos quizás desde la niñez. Durante el sueño la actividad psicológica burla la vigilancia del censor dormido satisfaciendo, con la imaginación, íntimas tendencias instintivas que de quedar indefinidamente aprisionadas en la subconsciencia, perturbarían hondamente el equilibrio de la razón, por el excesivo desgaste de energía nerviosa que provocan. El ensueño se nos presenta, pues, como un verdadero desahogo, una “válvula de seguridad”, como decía Alfonso Daudet.

No siempre es fácil la verificación de la teoría freudiana concerniente al problema psicológico de los sueños, pues hay que interpretar el valor simbólico de cada imagen, á través de su fantasmagoría; esta interpretación u onirocricia es la labor más ardua de la técnica psicoanalítica. Freud distingue: 1° la sustancia manifiesta del ensueño, que es su simple descripción; 2°, las ideas latentes del ensueño sean los pensamientos lógicamente encadenados que el psicoanalista desenmascara en la trama de la sustancia manifiesta; y 3°, el trabajo del ensueño, o trabajo onírico, que es el proceso por el cual se ha transmutado la naturaleza de las ideas latentes en sustancia manifiesta. En el trabajo onírico las representaciones sufren una serie de metamorfosis (condensación, desplazamiento, etc.) por las que los sentimientos o pensamientos de que son representantes, difieren del armazón lógico de la vida consciente. La diferencia es debida á la acción, —aunque amortiguada y no continua durante el sueño—, de la censura que no permite la reviviscencia de imágenes inmorales; en segundo lugar, a las excitaciones corporales actuales, que, siguiendo la ley de menor resistencia, surgen las representaciones que corresponden en algo á las sensaciones del momento; y en tercer lugar, á la facilidad de evocar automáticamente las representaciones con más frecuencia usadas.

En el ensueño los sentimientos se objetivan por imágenes; así el de peligro es representado por un precipicio, el de alegría por caras sonrientes, etc.; de igual manera, la mente del que sueña sustituye los conceptos, las ideas generales, las creencias, los afectos, por hechos concretos, por imágenes de objetos. Siendo el ensueño una representación plástica, cuya estructura está principalmente formada por imágenes visuales, lo mismo de los jeroglíficos, bien se puede afirmar el parentesco de

ambos modos de simbolizar, y así es razonable considerar semejantes los procedimientos empleados para descifrar una inscripción egipcia y para interpretar un ensueño. De aquí la importancia del psicoanálisis en los estudios filológicos y arqueológicos.

Para el psicoanálisis la producción poética y el ensueño son en el fondo de la misma naturaleza: la poesía, casi siempre, es la realización más o menos figurada de los deseos de la primera edad, reprimidos, pero siempre activos; “Satisfacción ficticia obtenida por medio de símbolos, gracias a analogías, a veces lejanas”.- (Prescott: “Poetry and dreams”, *Journal of Abnorm. Psych.*, 1912). La creación imaginativa del escritor es, pues, como el ensueño una forma de desahogo.

Así mismo, el psicoanalista descubre los motivos subjetivos y personales, en los sistemas filosóficos y construcciones científicas, que parecen regidos únicamente por el criterio rigurosamente impersonal de la lógica.

La actuación de un político ó la producción de un literato puede ser relacionado punto por punto á los acontecimientos de su vida. Así, O, Kaus (*Der Fall Gogol, Schriften des Vereins f. freie psychoanal. Forschune*, 1912) demuestra cómo son superponibles los accidentes de la vida íntima del escritor ruso Gogol y su producción intelectual el máximo de su actividad creadora coincide con el máximo de presión exterior; cada fracaso motiva la creación de una nueva obra. En su lucha subconsciente contra la represión, Gogol, para disminuir el sentimiento de inferioridad observado en sí mismo, lo proyecta hacia afuera atribuyéndolo á los personajes ó instituciones que en sus obras representan la autoridad; esta reacción contra la presión del medio social lo descarga de los sentimientos deprimentes; pues realiza y objetiva fuera de sí las mismas razones de sus temores y ansiedades siendo estos sustituidos por los de superioridad y seguridad.

El arte aparece a la luz del psicoanálisis, —y ya lo había intuido así el gran Nietzsche—, como una actividad cuya finalidad es apaciguar las necesidades no saciadas, tanto del artista que crea, cuánto del espectador o auditor que contempla. La obra de arte no es más que la cristalización ó exteriorización de anhelos, más ó menos velada por la observancia de las reglas estéticas.

Colocándose Jung en el mismo punto de vista, interpreta de igual manera la formación de las grandes instituciones sociales: el mito, la religión, la moral, el derecho, etc. no son más que “Tentativas de crear compensaciones a la satisfacción insuficiente de las necesidades”. Los pueblos de exigua cultura, con sus creencias arcaicas en poderes omnipotentes logran por este medio controlar, siquiera en parte, la influencia aflictiva de los rigores de la realidad inclemente.

La importancia del psicoanálisis desde el punto de vista del Folklore, de la historia de la civilización, de la sociología, en fin no puede discutirse si se tiene en cuenta que “el niño que produce espontáneamente represiones del instinto, no hace sino reproducir un fragmento de la historia de la civilización”. La sociedad misma ¿no tiene su origen en el deseo de satisfacer colectivamente la necesidad de cada uno de los miembros que la constituyen?

La pedagogía, y también la ética, beneficia del método psicoanalítico, porque permite comprender íntimamente el alma del niño, con sus tendencias más ocultas. Su conocimiento enseña á no agotar las valiosas energías de los instintos, por perversos que sean; cuya represión brusca es de las más fatales consecuencias para el porvenir del educando, y que más bien transformados por

sublimación llegan a elevarse á la categoría de virtudes. La educación basada en las adquisiciones del psicoanálisis, hará, en el porvenir, la profilaxia de la locura y el crimen.

En resumen, según esta teoría —inspirada en gran parte en las ideas del psicólogo francés Pierre Janet (“La Psycho-Analyse”, *Journal de Psychologie Norm. Et. Path.* 1914)—, toda la actividad psicológica que escapa de la esfera de la reflexión, tiene su génesis dinámica en la subconsciencia, cuyo contenido está formado por deseos ansiosos y reminiscencias angustiantes reprimidas —generalmente desde la infancia— y cuya naturaleza es exclusivamente erótica, según la hipótesis del “libido”, que es la parte más original del freudismo, y por ende la que le ha valido los más acerbos reproches. En efecto, el concepto exclusivista del libido es lo más arbitrario del psicoanálisis; es por eso que, entre sus secuaces, Freud ha visto nacer un grupo de disidentes encabezado por Adler, quien ha forjado una teoría más amplia, y á nuestro parecer, más conforme con la realidad psicológica: todo individuo, según ella, desde la más tierna edad, en el continuo conflicto con la realidad, tiende a afirmar su personalidad, imponiendo su ritmo; la acción del medio cósmico, vital y social, suscita en el mecanismo psíquico del ser, reacciones simbólicas de defensa, por las que se libra de la tensión que en él engendran las necesidades.

Honorio F. Delgado